

HERMAN MELVILLE

**BARTLEBY,
EL ESCRIBIENTE**



CASA DE CARTÓN

BARTLEBY

EL ESCRIBIENTE

Herman Melville

BARTLEBY
EL ESCRIBIENTE



CASA DE CARTÓN

© Herman Melville, 1853
© Título original: Bartleby the Scrivener
© Traducción: José Luis Torres Vitolas, 2015
© Editorial Casa de Cartón, 2015

Editorial Casa de Cartón
Calle Arroyo Fontarrón 115, 5B
28030, Madrid - España
www.casadcarton.es
www.casadcarton.com

Primera edición: Septiembre 2015
ISBN: 978-84-943027-7-0

Todos los derechos reservados.

Printed in Spain

Ya soy un hombre mayor. Durante los últimos treinta años, debido a la naturaleza de mis ocupaciones, he entrado en contacto con un grupo muy singular e interesante de hombres, sobre quienes, hasta donde sé, nunca se ha escrito: Me refiero a los copistas o escribanos. He conocido a muchos, de manera profesional y privada, y, si quisiera, podría contar diversas historias que harían sonreír a los caballeros de buen carácter, y llorar a las almas sentimentales. Pero de las biografías de todos ellos, prefiero algunos pasajes de la vida de Bartleby, el escribano más extraño que yo haya visto u oído jamás. Mientras que de otros individuos de este gremio yo podría escribir sus vidas enteras, nada similar puedo hacer con Bartleby. Creo que no existe material suficiente para una biografía completa y satisfactoria. Es una pérdida irreparable para la literatura. Bartleby era uno de esos individuos de quienes nada era comprobable, a no ser que se recurriese a las fuentes originales que, en su caso, son ínfimas. Lo que que vieron mis ojos atónitos es lo único que sé de él, a excepción, claro está, de un muy vago reporte que estará en el epílogo.

Antes de presentar al escribano, tal como lo vi por primera vez, conviene que registre algunos datos míos, de mis empleados, de mis negocios, de mi oficina y de mi ambiente general. Esa descripción es indispensable para entender adecuadamente al personaje principal de esta historia.

Soy, en primer lugar, un hombre que desde la juventud ha sentido profundamente que la vida más fácil es la mejor. Por eso, aunque pertenezco a una profesión proverbialmente enérgica y a veces nerviosa hasta la turbulencia, jamás he tolerado que esas inquietudes perurben mi paz. Soy uno de esos abogados sin ambición que nunca se dirigen a un jurado o solicitan de algún modo el aplauso público. En la serena tranquilidad de un cómodo retiro realizo cómodos asuntos entre las hipotecas de personas adineradas, títulos de renta y acciones. Cuantos me conocen, me consideran un hombre eminentemente seguro. El finado John Jacob Astor, personaje muy poco dado a poéticos entusiasmos, no titubeaba en declarar que mi primera virtud era la prudencia: la segunda, el método.

No lo digo por vanidad, pero registro el hecho de que mis servicios profesionales no eran desdeñados por el finado John Jacob Astor; nombre que, reconozco, me gusta repetir porque tiene un sonido orbicular y tintinea como el oro acuñado. Espontáneamente agregaré que yo no era insensible a la buena opinión del finado John Jacob Astor.

Poco antes de comenzar esta pequeña historia, mis actividades habían aumentado de forma consi-

derable. Había sido nombrado para el cargo, ahora suprimido en el Estado de Nueva York, de Agregado de la Corte Suprema. No era un empleo difícil, pero sí muy bien remunerado. Raras veces pierdo los estribos; raras veces me permito una indignación peligrosa ante las injusticias y los abusos; pero ahora me permitiré ser temerario, y declarar que considero la súbita y violenta supresión del cargo de agregado, por la Nueva Constitución, como un acto prematuro, pues yo tenía por descontado hacer de sus gajes una renta vitalicia, y solo percibí los de algunos años. Pero esto es al margen.

Mis oficinas ocupaban un piso alto en el N.º ... de Wall Street. Por un lado daban a la pared blanqueada de un espacioso tubo de aire, cubierto por una claraboya y que abarcaba todos los pisos.

Este espectáculo era más bien manso, pues le faltaba lo que los paisajistas llaman animación. Aunque así fuera, la vista del otro lado ofrecía, por lo menos, un contraste. En esa dirección, las ventanas dominaban sin el menor obstáculo una alta pared de ladrillo, ennegrecida por los años y por la sombra; las ocultas bellezas de esta pared no exigían un telescopio, pues estaban a pocas varas de mis ventanas para beneficio de espectadores miopes. Mis oficinas ocupaban el segundo piso; a causa de la gran elevación de los edificios vecinos, el espacio entre esta pared y la mía se parecía no poco a un enorme tanque cuadrado.

En el periodo anterior a la llegada de Bartleby, yo tenía dos escribientes bajo mis órdenes, y un

muchacho muy vivo para los mandados. El primero, *Turkey*; el segundo, *Nippers*; el tercero, *Ginger Nut*. Estos nombres no se pueden encontrar en las guías. En realidad son sobrenombres mutuamente conferidos por mis empleados y que expresaban sus respectivas personas o caracteres. *Turkey* era un inglés bajo, obeso, de mi edad más o menos, es decir, cerca de los sesenta. De mañana, podríamos decir, su rostro era rosado, pero después de las doce —su hora de almuerzo— resplandecía como un horno lleno de carbones en Navidad, y seguía resplandeciendo (pero con un descenso gradual) hasta las seis de la tarde; después yo no veía más al propietario de ese rostro, quien coincidiendo en su cenit con el sol, parecía ponerse con él, para levantarse, culminar y declinar al día siguiente, con la misma regularidad y la misma gloria.

En el transcurso de mi vida he observado singulares coincidencias, de las cuales no es la menor el hecho de que el preciso momento en que *Turkey*, con roja y radiante faz, emitía sus más vívidos rayos, indicaba el principio del periodo durante el cual su capacidad de trabajo quedaba seriamente afectada para el resto del día. No digo que se volviera absolutamente haragán u hostil al trabajo. Por el contrario, se volvía demasiado enérgico. Había entonces en él una exacerbada, frenética, temeraria y disparatada actividad. Se descuidaba al mojar la pluma en el tintero. Todas las manchas que figuran en mis documentos fueron ejecutadas por él después de las doce del día. En las tardes, no solo propendía a

echar manchas: a veces iba más lejos, y se volvía ruidoso. En tales ocasiones, su rostro ardía con más vívida heráldica, como si se arrojara carbón de piedra en antracita. Hacía con la silla un ruido desagradable, desparramaba la arena; al cortar las plumas, las rajaba impacientemente, y las tiraba al suelo en súbitos arranques de ira; se paraba, se echaba sobre la mesa, desparramando sus papeles de la manera más indecorosa; triste espectáculo en un hombre ya entrado en años. Sin embargo, como era por muchas razones mi mejor empleado y siempre antes de las doce el ser más juicioso y diligente, y capaz de despachar numerosas tareas de un modo incomparable, me resignaba a pasar por alto sus excentricidades, aunque, ocasionalmente, me veía obligado a reprenderlo. Sin embargo lo hacía con suavidad, pues aunque *Turkey* era de mañana el más cortés, más dócil y más reverencial de los hombres, estaba predispuesto por las tardes, a la menor provocación, a ser de lengua áspera, es decir, insolente. Por eso, valorando sus servicios matinales, como yo lo hacía, y resuelto a no perderlos —pero al mismo tiempo, incómodo por sus provocadoras maneras después del mediodía— y como hombre pacífico poco deseoso de que mis amonestaciones provocaran respuestas impropias, resolví, un sábado a mediodía (siempre estaba peor los sábados), sugerirle, muy bondadosamente, que, tal vez, ahora que empezaba a envejecer, sería prudente abreviar sus tareas; en una palabra, no necesitaba venir a la oficina más que de mañana; después del almuerzo era mejor

que se fuera a descansar a su casa hasta la hora del té. Pero no, insistió en cumplir sus deberes vespertinos. Su rostro se puso intolerablemente fogoso, y gesticulando con una larga regla, en el extremo de la habitación, me aseguró enfáticamente que si sus servicios eran útiles de mañana, ¿cuánto más indispensables no serían de tarde?

—Con toda deferencia, señor —dijo *Turkey* entonces—, me considero su mano derecha. De mañana, ordeno y despliego mis columnas, pero de tarde me pongo a la cabeza, y bizarramente arremeto contra el enemigo, así —e hizo una violenta embestida con la regla.

—¿Y los borroneos? —insinué yo.

—Es verdad, pero con todo respeto, señor, ¡contemple estos cabellos! Estoy envejeciendo. Seguramente, señor, un borrón o dos en una tarde calurosa no pueden reprocharse con severidad a mis canas. La vejez, aunque borrona una página, es honorable. Con permiso, señor, los dos estamos envejeciendo.

Este llamado a mis sentimientos personales resultó irresistible. Comprendí que estaba resuelto a no irse. Hice mi composición de lugar, resolviendo que por las tardes le confiaría solo documentos de menor importancia.

Nippers, el segundo de mi lista, era un muchacho de unos veinticinco años, cetrino, melencólico, algo pirático. Siempre lo consideré una víctima de dos poderes malignos: la ambición y la indigestión. Evidencia de la primera era cierta impaciencia en

sus deberes de mero copista y una injustificada usurpación de asuntos estrictamente profesionales, tales como la redacción original de documentos legales. La indigestión se manifestaba en rachas de sarcástico mal humor, con notorio rechinar de dientes, cuando cometía errores de copia; innecesarias maldiciones, silbadas más que habladas, en lo mejor de sus ocupaciones, y especialmente por un continuo disgusto con el nivel de la mesa en que trabajaba. A pesar de su ingeniosa aptitud mecánica, nunca pudo *Nippers* arreglar esa mesa a su gusto. Le ponía astillas debajo, cubos de distinta clase, pedazos de cartón y llegó hasta ensayar un prolijo ajuste con tiras de papel secante doblado. Pero todo era en vano. Si para comodidad de su espalda, levantaba la cubierta de su mesa en un ángulo agudo hacia el mentón, y escribía como si un hombre usara el empinado techo de una casa holandesa como escritorio, la sangre circulaba mal en sus brazos. Si bajaba la mesa al nivel de su cintura y se agachaba sobre ella para escribir, le dolían las espaldas. La verdad es que *Nippers* no sabía lo que quería. O, si algo quería, era verse libre para siempre de una mesa de copista. Entre las manifestaciones de su ambición enfermiza, tenía la pasión de recibir a ciertos tipos de apariencia ambigua y trajes rotos a los que él llamaba *sus clientes*. Comprendí que no solo le interesaba la política parroquial: a veces hacía sus negocitos en los juzgados, y no era desconocido en las antesalas de la cárcel. Tengo buenas razones para creer, sin embargo, que un individuo que lo visitaba en mis

oficinas, y a quien pomposamente insistía en llamar *mi cliente*, era solo un acreedor, y la escritura, una cuenta. Pero con todas sus fallas y todas las molestias que me causaba, *Nippers* (como su compatriota *Turkey*) me era muy útil, escribía con rapidez y letra clara; y cuando quería no le faltaban modales distinguidos. Además, siempre estaba vestido como un caballero; y con esto daba tono a mi oficina. En lo que respecta a *Turkey*, me daba mucho trabajo evitar el descrédito que reflejaba sobre mí. Sus trajes parecían grasientos y olían a comida. En verano usaba pantalones grandes y bolsudos. Sus sacos eran execrables; el sombrero no se podía tocar. Pero mientras sus sombreros me eran indiferentes, ya que su natural cortesía y deferencia, como inglés subalterno, lo llevaban a sacárselo apenas entraba en el cuarto, su saco ya era otra cosa. Hablé con él respecto a su ropa, sin ningún resultado. La verdad era, supongo, que un hombre con renta tan exigua no podía ostentar al mismo tiempo una cara brillante y una ropa brillante.

Como observó *Nippers* una vez, *Turkey* gastaba casi todo su dinero en tinta roja. Un día de invierno le regalé a *Turkey* un sobretodo mío de muy decorosa apariencia: un sobretodo gris, acolchado, de gran abrigo, abotonado desde el cuello hasta las rodillas. Pensé que *Turkey* apreciaría el regalo, y moderaría sus estrépitos e imprudencias. Pero no; creo que el hecho de enfundarse en un sobretodo tan suave y tan acolchado, ejercía un pernicioso efecto sobre él —según el principio de que un exceso de

avena es perjudicial para los caballos—. De igual manera que un caballo impaciente muestra la avena que ha comido, así *Turkey* mostraba su sobretodo. Le daba insolencia. Era un hombre a quien perjudicaba la prosperidad.

Aunque en lo referente a la continencia de *Turkey* yo tenía mis presunciones, en lo referente a *Nippers* estaba persuadido de que, cualesquiera fueran sus faltas en otros aspectos, era por lo menos un joven sobrio. Pero la propia naturaleza era su tabernero, y desde su nacimiento le había suministrado un carácter tan irritable y tan alcohólico que toda bebida subsiguiente le era superflua. Cuando pienso que en la calma de mi oficina *Nippers* se ponía de pie, se inclinaba sobre la mesa, estiraba los brazos, levantaba todo el escritorio y lo movía, y lo sacudía marcando el piso, como si la mesa fuera un perverso ser voluntarioso dedicado a vejarlo y a frustrarlo, claramente comprendo que para *Nippers* el aguardiente era superfluo. Era una suerte para mí que, debido a su causa primordial —la mala digestión—, la irritabilidad y la consiguiente nerviosidad de *Nippers* eran más notables de mañana, y que de tarde estaba relativamente tranquilo. Y como los paroxismos de *Turkey* solo se manifestaban después de mediodía, nunca debí sufrir a la vez las excentricidades de los dos. Los ataques se relevaban como guardias. Cuando el de *Nippers* estaba de turno, el de *Turkey* estaba franco, y viceversa. Dadas las circunstancias era este un buen arreglo.